

André Gide

Regreso de la U.R.S.S.  
seguido de  
Retoques a mi  
«Regreso de la U.R.S.S.»

Traducción del francés  
de Carmen Claudín



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Retour de l'U.R.S.S., suivi de «Retouches à mon "Retour de l'U.R.S.S.»»*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Gallimard, 1950  
© de la traducción: Carmen Claudín, 2017  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-818-3  
Depósito legal: M. 16.852-2017  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## Regreso de la U.R.S.S. (noviembre de 1936)

- 15 Nota preliminar
- 20 Uno
- 30 Dos
- 40 Tres
- 54 Cuatro
- 61 Cinco
- 70 Seis
  
- 73 Apéndice
- 77 1. La lucha antirreligiosa
- 81 2. Ostrovski
- 84 3. Un koljós
- 87 4. Bolshevo
- 89 5. Los *besprizornie*

## Retoques a mi «Regreso de la U.R.S.S.» (junio de 1937)

- 95 Uno
- 99 Dos
- 107 Tres
- 114 Cuatro
- 121 Cinco
- 127 Seis
- 133 Siete

138	Ocho
145	Nueve
151	Apéndice
155	Compañeros I
159	Compañeros II
166	Apuntes de viaje

*A la memoria de Eugène Dabit dedico estas páginas, reflejo de lo que he vivido y pensado a su lado, con él.*



Regreso de la U.R.S.S.  
(noviembre de 1936)



*Cuenta el himno homérico a Deméter que, en el errante deambular en pos de su hija, llegó la diosa hasta la corte de Celeo. Nadie allí la reconocía bajo la apariencia de una vieja ñaña. Le confió la reina Metanira el cuidado del más pequeño de sus hijos, Demofonte, quien con el tiempo sería Triptolemo, el iniciador de las artes agrícolas.*

*Tras las puertas cerradas y al amparo del sueño nocturno de la casa, cogía Deméter a Demofonte, lo apartaba de la blanda cuna y, con aparente crueldad, mas realmente guiada por un amor inmenso y deseosa de conducir al pequeño hasta el umbral de la deidad, lo acostaba desnudo sobre un lecho de incandescentes ascuas. Imagino a la gran Deméter inclinada, mirando al radiante recién nacido como a la futura humanidad. Soporta Demofonte el ardor de las brasas y, con la prueba, gana en fortaleza. Algo sobrehumano florece en su seno, algo robusto e inesperadamente glorioso. Ah, ¿por qué no habrá podido Deméter consumir su audaz*

*empresa y salir triunfante del reto! Cuenta la leyenda, empero, que Metanira inquieta irrumpió en la cámara del experimento. Ciega de maternal temor, apartó a la diosa y todo lo sobrehumano que se estaba forjando, esparció las brasas y, por salvar al niño, perdió al dios.*

## Nota preliminar

Declaré hace tres años mi admiración, y mi amor, hacia la U.R.S.S. Se estaba intentando allí una experiencia sin precedentes que henchía nuestros corazones de esperanza y de la que aguardábamos un inmenso progreso, un ímpetu capaz de arrastrar a la humanidad entera. Para presenciar esta renovación, bien vale la pena vivir, pensaba yo, y entregar la vida para tomar parte en ella. En nuestros corazones y en nuestro espíritu ligábamos resueltamente al glorioso destino de la U.R.S.S el porvenir mismo de la cultura; más de una vez lo hemos repetido. Nos gustaría poder decirlo aún.

Ya antes de ir a verlo, no dejaban de preocuparnos algunas decisiones recientes que parecían denotar un cambio de orientación.

Escribía entonces (octubre de 1935):

A la tontería y a la deshonestidad de los ataques contra la U.R.S.S se debe el hecho de que hoy pongamos cierta obstina-

ción en defenderla. Ellos, los que ladran, empezarán a aprobarla cuando precisamente nosotros dejemos de hacerlo; en efecto, sus compromisos, sus transigencias, aquello que hará decir a los demás: «¡ya lo ven!», eso será lo que ellos aprueben cuando en realidad significará que se está apartando de la meta perseguida al principio. Ojalá nuestra mirada, al quedarse fija en esa meta, no se vea por consiguiente llevada a apartarse de la U.R.S.S.

*Nouvelle Revue Française*, marzo de 1936

Sin embargo, en espera de mayor información, me empeñaba en seguir confiando y prefería dudar de mi propio juicio; a los cuatro días de mi llegada a Moscú, declaraba aún en mi discurso en la plaza Roja, con ocasión de los funerales de Gorki: «La suerte de la cultura está ligada en nuestras mentes al destino mismo de la U.R.S.S. La defenderemos».

Siempre he dicho que el deseo de seguir fiel a sí mismo suele acarrear con demasiada frecuencia un riesgo de insinceridad; considero, por otra parte, que la sinceridad es tanto más importante precisamente cuando la fe de muchos, junto con la nuestra propia, está en juego.

Si al principio me equivoqué, lo mejor es reconocer cuanto antes mi error; pues soy responsable, en este caso, de aquellos a los que mi error arrastra. No hay, aquí, amor propio que valga; y el mío por cierto no es muy grande. Considero que existen cosas más importantes que mi propia persona; más importantes que la U.R.S.S.: la humanidad, su destino, su cultura.

Pero ¿estaba equivocado al principio? Los que han ido siguiendo la evolución de la U.R.S.S. desde hace poco

más de un año dirán si soy yo quien ha cambiado o si es la U.R.S.S. Y cuando digo la U.R.S.S. me refiero al hombre que la dirige.

Otros, más competentes que yo, dirán si se puede considerar como pura apariencia este cambio de orientación y si lo que nos parece una derogación no es una consecuencia fatal de ciertas disposiciones anteriores.

La U.R.S.S. está «en construcción», es importante repetírselo continuamente. De ahí nace el interés excepcional de una estancia en esa inmensa tierra en gestación: pareciera que uno presencia allí el alumbramiento del futuro.

Lo bueno y lo malo se mezclan en ese país; debería decir: lo excelente y lo peor. Lo excelente se consiguió, a menudo, al precio de un esfuerzo inmenso. No siempre ni en todas partes ha conseguido este esfuerzo aquello que pretendía: aún no. A veces lo peor acompaña y se adelanta a lo mejor; casi diríase que es su consecuencia. Se pasa así de la luz más intensa a la sombra más oscura con una brusquedad desconcertante. Suele ocurrir que el viajero, siguiendo convicciones preestablecidas, se muestre sensible únicamente a una o a otra cosa. Ocurre demasiado que los amigos de la U.R.S.S. se nieguen a ver lo malo, o cuando menos a reconocerlo; de ahí que, con excesiva frecuencia, la verdad sobre la U.R.S.S. se diga con odio, y la mentira con amor.

Ahora bien, mi espíritu se caracteriza por una severidad mayor con aquellos a los que me gustaría poder aprobar siempre. Es pobre la muestra de amor que se reduce al encomio, y considero que hago mayor favor a la propia U.R.S.S. y a la causa que para nosotros representa

hablando sin disimulos ni miramientos. Mi admiración hacia la U.R.S.S. y los prodigios ya realizados, además de la expectación que aún despierta en nosotros y en particular las esperanzas que nos permitiría seguir concibiendo, son otras tantas razones que justifican mis críticas.

¿Quién podrá decir lo que ha representado la U.R.S.S. para nosotros? Más que una patria de elección: un ejemplo, una guía. Aquello que soñábamos, aquello en que apenas nos atrevíamos a tener esperanzas, pero hacia lo cual tendían nuestras voluntades, nuestras fuerzas, se estaba gestando allí. Existía pues una tierra en donde la utopía estaba en trance de convertirse en realidad. Logros inmensos hacían ya rebosar nuestros corazones de exigencia. Nos parecía que lo más difícil ya estaba hecho y nos aventurábamos con alegría en esa suerte de compromiso que habíamos contraído con ella en nombre de todos los pueblos que sufren.

¿Hasta qué punto un fracaso nos haría sentirnos igualmente comprometidos? Pero la simple idea de un fracaso resulta inadmisibile.

Ante el incumplimiento de algunas promesas tácitas, ¿qué se tenía que incriminar? ¿Había que atribuir la responsabilidad a las primeras directrices, o más bien a lo que precisamente se apartaba de estas, las infracciones, los acomodamientos por motivados que fueran...?

Expongo aquí las reflexiones que me ha sugerido el espectáculo de lo que, por un lado la U.R.S.S., con legítimo orgullo, se complace en mostrar y de lo que, por otro, he podido ver personalmente junto con lo anterior. Las realizaciones de la U.R.S.S. suelen ser admirables.

En zonas enteras el país ofrece el aspecto ya risueño de la felicidad. Los que aprobaban mi iniciativa, en el Congo, de dejar el coche de los gobernadores e intentar un contacto directo con todos y cada uno para informarme ¿podrán reprocharme ahora el que una preocupación idéntica y la voluntad de no dejarme deslumbrar me acompañaran en la U.R.S.S.?

No se me esconde la aparente ventaja que los partidos enemigos –aquellos para los cuales «el amor por el orden se confunde con la afición por los tiranos»<sup>1</sup>– pretenderán sacar de mi libro. Este hecho sin duda me habría disuadido de publicarlo, incluso de escribirlo, si no fuera porque seguiría intacta, inquebrantable, mi convicción de que, por una parte, la U.R.S.S. acabará superando los graves errores que apunto; y de que, por otra –la más importante–, no puede bastar con los errores particulares de un país para comprometer la verdad de una causa internacional, universal. La mentira, aun la del silencio, puede parecer oportuna, como también la perseverancia en la mentira, pero significa dar terreno abonado al enemigo, y la verdad, aun dolorosa, no puede herir sino para sanar.

1. Tocqueville, *De la democracia en América* («Introducción»).

# Uno

En contacto directo con un pueblo de trabajadores, en las obras, en las fábricas o en las casas de descanso, en los jardines, los «parques de cultura», he experimentado momentos de profunda alegría. En medio de esos nuevos compañeros, he sentido que una repentina fraternidad se entablaba, que mi corazón se dilataba, se regocijaba. Este sentimiento explica a su vez que en las fotografías que me sacaron allí se me ve más sonriente, más risueño incluso, de lo que suelo aparecer en Francia. Y cuántas veces, allí, las lágrimas asomaron a mis ojos, por exceso de alegría, lágrimas de cariño y de amor: por ejemplo, en esa casa de descanso de los mineros del Donbás en las inmediaciones de Sochi... ¡No, no!, no había en ello nada convenido, preparado; yo había llegado de repente, una tarde, sin ser anunciado; no obstante, en seguida había experimentado a su lado la confianza.

Y esa visita inesperada en un campamento de niños, cerca de Borzhomi, muy modesto, casi humilde, pero en donde los niños, radiantes de felicidad y de salud, parecían querer ofrecerme su alegría. ¿Qué contar? Las palabras no bastan para aprehender una emoción tan profunda y tan simple... Pero ¿por qué hablar de estos más que de tantos otros? Poetas de Georgia, intelectuales, estudiantes, obreros sobre todo, un sentido afecto hacia muchos de ellos se apoderó de mí, y siempre lamentaba no conocer su idioma. Pero sus sonrisas, sus miradas expresaban ya tan afectuosa elocuencia que me parecía dudoso a la sazón que unas palabras pudieran añadir mucho más. Claro que allí me presentaban por doquier como a un amigo: todas las miradas, además, manifestaban una especie de agradecimiento. Quisiera merecerlo más aún; esta aspiración es otra de las razones que me empujan a hablar.

Lo que más a gusto le enseñan a uno son las hermosas realizaciones: es obvio y perfectamente natural; no obstante, más de una vez nos ha ocurrido que entráramos de improviso en escuelas de pueblo, en jardines de infancia, en clubes, lugares que no pensaban enseñarnos y que, probablemente, no se distinguían en nada de tantos otros. Estos son los que más he admirado, precisamente porque nada allí estaba preparado para la galería.

Los niños, en los campamentos de pioneros que he visto, son hermosos, bien alimentados (cinco comidas al día), bien cuidados, incluso mimados, alegres. Su mirada es clara, confiada; sus risas no tienen malignidad ni malicia; podríamos, en calidad de extranjeros, parecerles un tan-

to ridículos: ni una sola vez he sorprendido, en ninguno de ellos, el mínimo rastro de burla.

Esta misma expresión de radiante felicidad nos la volveremos a encontrar a menudo en los mayores, igualmente hermosos, vigorosos. Los «parques de cultura» en donde se reúnen por la tarde, al finalizar la jornada de trabajo, son logros innegables; por encima de todos, el parque de Moscú.

He vuelto allí a menudo. Es un lugar donde la gente se divierte; comparable a un Luna Park de inmensas dimensiones. En cuanto se pasa la puerta, la sensación es de extrañeza total. En esa muchedumbre de jóvenes, hombres y mujeres, reinan la seriedad y la decencia; ni el más mínimo asomo de carcajada tonta o vulgar, de chabacanería, de picardía, ni siquiera de amoríos. Se respira por todas partes una suerte de fervor alegre. Aquí se organizan juegos, allá bailes, habitualmente un animador o una animadora preside las actividades y las dirige, y todo se desarrolla dentro de un orden perfecto. Inmensos coros se forman en los que cada uno podría participar; pero siempre hay muchos más espectadores que bailarines. Más allá bailes y cantos populares acompañados casi siempre por un simple acordeón. Aquí, en este espacio cerrado y sin embargo libre de acceso, unos *amateurs* se ejercitan en diversas acrobacias; un entrenador vigila los «saltos mortales», aconseja y guía; más lejos, aparatos de gimnasia; cada uno espera pacientemente su turno; se entrena. Un gran espacio está reservado a los terrenos de voleibol; y no me canso de admirar la lozanía, la gracia y la belleza de los jugadores. Más allá se encuentran los juegos tranquilos: ajedrez, damas y un sinnfín de juegos de destreza o de paciencia, entre los cua-

les algunos que yo no conocía, muy ingeniosos; así como un sinnúmero de juegos que no había visto en ningún sitio y que no puedo intentar describir, aunque algunos conocerían sin duda un gran éxito aquí. Como para ocuparle a uno durante horas. Los hay para mayores, los hay para niños. Los más pequeños tienen su dominio aparte en donde encuentran pequeñas casas, pequeños trenes, pequeños barcos, pequeños automóviles y un sinfín de diminutos instrumentos ajustados a su tamaño. Pasados los juegos tranquilos (tan populares que la espera puede hacerse larga para encontrar, a su vez, una mesa libre), a lo largo de un gran paseo, unos tableros plantean sobre paneles de madera adivinanzas, enigmas y acertijos. Todo ello, repito, sin un asomo de vulgaridad; y esa inmensa muchedumbre, con perfecta compostura, rezuma honradez, dignidad, decencia; sin coacción alguna, por lo demás, y con la mayor naturalidad. El público, además de los niños, está compuesto casi únicamente de obreros que vienen aquí a hacer deporte, a descansar, a divertirse o a cultivarse (pues existen también salas de lectura, de conferencias, cines, bibliotecas, etc.). Sobre el Moskova, piscinas. Aquí y allá, en este inmenso parque, minúsculas tarimas sobre las cuales perora un profesor improvisado; son clases prácticas, clases de historia o de geografía ilustradas con mapas; o incluso de medicina práctica, de fisiología, con abundantes láminas anatómicas, etc. La gente escucha muy seria. Ya lo he dicho, no he sorprendido en ningún lado el más mínimo asomo de burla<sup>2</sup>.

2. «¿Y a usted le parece que es algo bueno? –exclama mi amigo N., al que se lo contaba–. Burla, ironía, crítica, todo va junto. El niño que es

Pero he aquí algo mejor: un pequeño teatro al aire libre; en la sala abierta, unos quinientos espectadores, amontonados (ni un sitio vacío), escuchan en medio de un silencio religioso a un actor que recita a Pushkin (un canto de *Eugenio Oneguín*). En un rincón del parque, cerca de la entrada, la zona de los paracaidistas. Es un deporte muypreciado allá. Cada dos minutos, cae uno de los tres paracaídas que hace tocar tierra un tanto bruscamente al *amateur* novato. ¡Adelante! ¿Quién se atreve?, la gente se apresura; espera su turno; hace cola. Sin hablar ya del gran teatro al aire libre en donde, con ocasión de ciertos espectáculos, se juntan alrededor de veinte mil espectadores.

El parque de cultura de Moscú es el más amplio y el mejor provisto de atracciones diversas; el de Leningrado es el más hermoso. Pero cada ciudad en la U.R.S.S. posee, ahora, su parque de cultura, además de sus jardines de infancia.

También visité, por supuesto, varias fábricas. Sé, y vuelvo a decirlo, que el bienestar general y la alegría dependen de su buen funcionamiento. Pero no podría tocar este tema con competencia. Otros se han encargado de ello; me remito a sus elogios. Me incumben únicamente las cuestiones psicológicas; estas son las que –de manera particular y casi exclusiva– quiero tratar aquí. Si toco de pasada las cuestiones sociales, siempre las enfocaré desde el punto de vista psicológico.

incapaz de burla acabará siendo un crédulo y sumiso adolescente cuyo “conformismo” usted, burlón, criticará más tarde. Yo prefiero la guasa francesa aun cuando pudiera ejercerse a mis expensas».

Con la edad, mi curiosidad por los paisajes, por hermosos que sean, disminuye considerablemente; mientras va creciendo mi curiosidad por los hombres. En la U.R.S.S. el pueblo es admirable; el de Georgia, de Kajetia, de Abjazia, de Ucrania (solo hablo de lo que he visto), y más aún, para mi gusto, el de Leningrado y de Crimea.

He asistido a las fiestas de la juventud de Moscú, en la plaza Roja. Los edificios que se alzan frente al Kremlin disimulan su fealdad bajo una máscara de banderolas y de vegetación. Todo era espléndido, incluso (me apresuro a decirlo ahora, ya que no podré hacerlo siempre) de un gusto perfecto. Llegada del norte y del sur, del este y del oeste, desfilaba una juventud admirable. Horas duró el desfile. No me imaginaba un espectáculo tan magnífico. Claro que esos seres perfectos habían sido entrenados, preparados, seleccionados entre todos; pero ¿cómo no dejar de admirar un país y un régimen capaces de producirlos?

Había visto la plaza Roja, unos días antes, cuando los funerales de Gorki. Había visto ese mismo pueblo, el mismo y sin embargo tan distinto, mucho más parecido, me imagino, al pueblo ruso de los tiempos de los zares; lo había visto desfilarse larga, interminablemente, en la gran Sala de las Columnas, ante el catafalco. No eran entonces los más hermosos, los más fuertes, los más alegres representantes de los pueblos soviéticos, sino una muchedumbre anónima, dolorida, con mujeres, niños sobre todo, algunos ancianos, casi todos mal vestidos y de aspecto a veces muy miserable. Un desfile silencioso, tétrico, recogido, que parecía salir del pasado y que, en orden perfecto, duró sin duda mucho más que el otro, que